

LA PENITENCIA, SACRAMENTO DE LA ALEGRÍA

“Los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: –Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: ... Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”(Lc 15, 1-10).

1 – LA CRISIS DE ESTE SACRAMENTO

Catorce años antes de su conversión, **Gilbert K. Chesterton** escribía en *Daily News*, en respuesta a cierto articulista:

“A su juicio, confesar los pecados es algo morboso. Yo le contestaría que lo morboso es no confesarlos. Lo morboso es ocultar los pecados dejando que le corroan a uno el corazón, que es el estado en que viven felizmente la mayoría de las personas de las sociedades altamente desarrolladas”.

Es evidente que el sacramento de la confesión no está de moda. Confesonarios vacíos, experiencias negativas, prejuicios, ignorancia... Parece que todo concurre para que este tesoro esté cada vez más escondido, incluso para nuestros fieles más practicantes.

Mons. Joachim Meisner, Arzobispo de Colonia, pronunció la conferencia “*Conversión y misión*” ante unos 15.000 sacerdotes durante el Encuentro Internacional que clausuraba en Roma el Año Sacerdotal. Habló de la crisis del sacramento de la Confesión:

“Una de las pérdidas más trágicas que nuestra Iglesia ha sufrido en la segunda mitad del siglo XX es la pérdida del Espíritu Santo en el sacramento de la Reconciliación (...)

¿Cómo es posible – preguntémonos una vez más – que un sacramento, que evoca tan gran alegría en el Cielo, suscita tanta antipatía sobre la tierra? Esto se debe a nuestra soberbia, a la constante tendencia de nuestro corazón a atrincherarse, a satisfacerse a sí mismo, a aislarse, a cerrarse sobre sí (...) La pérdida del sacramento de la Reconciliación es la raíz de muchos males en la vida de la Iglesia y en la vida del sacerdote. Y la así llamada crisis del sacramento de la Penitencia no se debe sólo a que la gente no vaya más a confesarse sino a que nosotros, sacerdotes, ya no estamos presentes en el confesionario. Un confesionario en que el está presente un sacerdote, en una iglesia vacía, es el símbolo más conmovedor de la paciencia de Dios que espera”.

2 – LA CONFESIÓN ES UN TESORO

Sin embargo, el sacramento de la Confesión es uno de nuestros tesoros más preciados; es un regalo que el mismo **Jesús** nos entregó, al salir del sepulcro, cuando, soplando sobre los apóstoles, les dijo:

“Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”(Jn 10, 22-23).

Tras 20 siglos de experiencia penitencial, hoy **la Iglesia**, por medio de sus sacerdotes, sigue felizmente perdonando los pecados con esta fórmula:

“Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

El resultado de la confesión es la auténtica y completa reconciliación.

Así lo enseña la Exhortación Apostólica “Reconciliación y Penitencia” de **Juan Pablo II**, nº 31, y publicada el 2 – XII – 84:

“Hay que añadir que tal reconciliación con Dios tiene como consecuencia, por así decir, otras reconciliaciones que reparan las rupturas causadas por el pecado: el penitente perdonado se reconcilia consigo mismo en el fondo más íntimo de su propio ser, en el que se recupera la propia verdad interior; se reconcilia con los hermanos, agredidos y lesionados por él de algún modo; se reconcilia con la Iglesia, se reconcilia con toda la creación”.

La grandeza del sacramento de la Confesión es puesta de manifiesto por el mismo **cardenal Meisner**:

“Las maravillas de Dios no ocurren nunca bajo los “reflectores” de la historia mundial. Estas se realizan siempre a un lado; precisamente, a las puertas de la ciudad como también en el secreto del confesionario (...) Si sabemos que esta fiesta es celebrada en el Cielo cada vez que nos convertimos, ¿por qué, entonces, no nos convertimos más frecuentemente? ¿Por qué – y aquí hablo de un modo muy humano – somos tan mezquinos con Dios y con los santos del Cielo al punto de dejarlos tan raramente celebrar una fiesta por el hecho de que nos hemos dejado abrazar por el corazón del Señor, del Padre?” (Conversión y misión).

3 – LAS CINCO PARTES DE LA CELEBRACIÓN

Es preocupante que lo que provoca en el cielo tanta alegría nos deje indiferentes en la tierra. ¿Qué nos pasa?

En el caso de los que han abandonado la confesión, la cosa es clara: lo que no se practica, no se conoce y, al fin, no se ama y se abandona.

Otra cosa es la crisis entre los que aún practican, o practicamos, la confesión. ¿Por qué experimentamos esa frialdad? ¿Será acaso que no nos confesamos bien? Seguramente.

Hemos de reconocer que la confesión no es un sacramento fácil. La reforma del Ritual no ha vencido las dudas y las desilusiones.

Examinemos las cinco partes necesarias para confesarnos bien.

Entre todas se hace verdaderamente un acto humano en su totalidad.

1 – Examen de conciencia

Primero hay que poner en marcha la inteligencia.

Es necesario revisar la vida pasada. Pero hay que hacerlo a la luz de la Palabra de Dios. Un pasaje, un texto, un párrafo de la Escritura tiene que iluminar la vida. A su luz sabremos discernir el bien y el mal, el trigo y la cizaña. Al fin reconoceremos si hemos cumplido o no la voluntad de Dios. Esta parte de la confesión es importantísima y decisiva.

Se acabaron así las confesiones rutinarias. La Palabra de Dios ayudará para que ninguna confesión sea igual. La novedad de cada confesión resultará atractiva y pedagógica.

2 – Dolor de los pecados

Una inteligencia despierta moverá la afectividad o los sentimientos.

El buen examen de conciencia desvelará cada vez más la torpeza del pecado y reconocerá la enorme desgracia que supone romper con Dios, con los hermanos, con la creación e, incluso, con uno mismo. Estos son los efectos del pecado. ¿Cómo no lo vamos a sentir? ¿Cómo no vamos a tener dolor?

"Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos tocado cantos fúnebres y no os habéis entristecido" (Mt 11, 16-19).

Un buen examen producirá siempre dolor. De nuevo podemos acogernos a la Palabra de Dios y recitar algunos salmos de penitencia; por ejemplo el Salmo 51.

3 – Propósito de la enmienda

La inteligencia y el sentimiento mueven a la voluntad.

¿Qué he de hacer? ¿Continuaré comportándome de la misma manera? Es el momento de la conversión. La Palabra de Dios iluminará este tercer momento. No se trata de hacer mi voluntad, sino la de Dios. Cada confesión, de esta manera, marca un nuevo rumbo a la vida. Si, como suele ocurrir, el plan de Dios es superior a mis fuerzas, el Espíritu me ofrecerá su ayuda.

Cada confesión nos ayudará a dar un paso más en nuestra conversión (¡es hora de tomar *una determinada determinación*, que dijo Santa Teresa!) o, incluso, en el descubrimiento de nuestra vocación. Mi vida irá cambiando poco a poco. Por esta razón algunos hablan de la confesión como el sacramento del dinamismo cristiano.

4 – Decir los pecados al confesor

Podemos considerar la confesión como una audiencia privada que Dios me concede. En este acto Dios se detiene para escucharme y puede realmente hablarme.

Se supone que la inteligencia, la afectividad y la voluntad ya están en marcha.

Pero los actos humanos deben dar un paso más porque del corazón habla la boca y lo que se ha fraguado en el corazón tiende a salir a la luz. Hay necesidad de hablar.

El Señor, en su providencia, al instituir el sacramento nos dio una solución: los sacerdotes serán los mediadores entre Dios y los hombres: *"A quienes perdonéis los pecados les quedarán perdonados"*. El diálogo confidencial entre el penitente y el sacerdote es necesario incluso para nuestra psicología. Hemos de poder decir *"he pecado"*, para escuchar *"yo te perdono"*.

No es conveniente improvisar este diálogo del perdón. La gracia del Espíritu presupone nuestra prudencia necesaria. Tener un buen confesor es una receta a no olvidar.

5 – Cumplir la penitencia

Queda, por último, ponernos manos a la obra.

Hay que restaurar lo que el pecado ha destruido. Si hemos robado, es necesario pedir perdón, pero luego hay que devolver. Solamente así el pecado queda eliminado.

No hay que olvidar que las consecuencias del pecado son dos: La culpa y la pena. La culpa se quita con la confesión; la pena por la penitencia.

Cumplir la penitencia pretende colocarnos en esa situación de restauración. El sacerdote, en diálogo con el penitente, elegirá un gesto, una acción, que sea el signo de esta restauración. Por ello, algunos hablan también de la confesión como el sacramento de la paz.

El resto de la pena por nuestros pecados se satisface más tarde mediante el ayuno, la limosna, la oración o las diversas indulgencias.

4 – INVITACIÓN A RECUPERAR ESTE SACRAMENTO

Volvemos a escuchar al **cardenal Meisner**. Indica que es necesidad urgente restaurar el sacramento de la Confesión:

“No es suficiente que en nuestro trabajo pastoral queramos aportar correcciones sólo a las estructuras de nuestra Iglesia para poder mostrarla más atractiva. ¡No basta! Tenemos necesidad de un cambio del corazón, de mi corazón. Sólo un Pablo convertido pudo cambiar el mundo, no un ingeniero de estructuras eclesiológicas (...) El mundo es como una gran iglesia de Dios, pero el corazón del sacerdote es como un tabernáculo en la iglesia. Allí, Dios habita de un modo misterioso y particular (...) Y se puede desahogar sólo si hay alguien que escucha, en la absoluta discreción del sacramento de la Reconciliación. Para el confesor es importante, primero que nada, no hablar sino escuchar”(Conversión y misión).

Voy a recordar unas palabras del **Papa Francisco**. Pues bien, en la Plaza de San Pedro, en su Audiencia general de los miércoles, el día 19 de febrero de 2014, habló de ese tema y me parece que sus palabras son oportunas para esta situación:

“Queridos amigos, celebrar el sacramento de la Reconciliación significa ser envueltos en un abrazo caluroso: es el abrazo de la infinita misericordia del Padre. Recordemos la hermosa, hermosa parábola del hijo que se marchó de su casa con el dinero de la herencia; gastó todo el dinero, y luego, cuando ya no tenía nada, decidió volver a casa, no como hijo, sino como siervo. Tenía tanta culpa y tanta vergüenza en su corazón. La sorpresa fue que cuando comenzó a hablar, a pedir perdón, el padre no le dejó hablar, le abrazó, le besó e hizo fiesta. Pero yo os digo: cada vez que nos confesamos, Dios nos abraza, Dios hace fiesta. Sigamos adelante por este camino. Que Dios os bendiga”.

El poeta francés **Pierre Emmanuel** también nos invita a participaren el sacramento de la alegría:

“No hay un solo sacramento sin alegría; el sacramento de la penitencia debería ser, en cierto modo, el más alegre de todos, porque devuelve un alma a Dios; debería ser un sacramento que se celebrase con una fiesta”.

Sí, la confesión es un gran tesoro. Descubrámoslo como **Chesterton** tras la conversión:

“Cuando la gente me pregunta “¿Por qué ha ingresado Ud. en la Iglesia de Roma?”, la primera respuesta es “Para desembarazarme de mis pecados”. Pues no existe ningún otro sistema religioso que haga realmente desaparecer los pecados de las personas”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 30 de enero de 2021